

Gregorio Reynolds



Discurso laudatorio para honrar al poeta parnasiano Gregorio Reynolds (1882-1948), expuesto por Federico Mora durante la velada organizada por los escritores en La Paz, el 27 de mayo de 1918.

IV parte

En este momento, de libertad casi suprema, ocurrió, como en lo político, que se produjo la demagogia. El Ideal se fraccionó en escuelas. Muchas de ellas, como el prerrafaelismo, el simbolismo, el tolstoísmo, no eran sino perversiones del ansia creadora. De todas aquellas escuelas, en puridad de verdad o quedan sinó dos para informar el Ideal ya condensado, el naturismo y el parnasianismo, aquel como método para ver y planear y éste como sistema para decir.

En ambas cosas había sido suprema la España del siglo de oro. Tiene parnasianos como Gracián y Góngora y naturistas como Cervantes, Alemán, Quevedo, Hurtado de Mendoza. El Ideal, que se agostara entre dogmatismos y luchas políticas, resucitó en Francia, a final del siglo diecinueve. Pero era de justicia histórica que volviese a España para cobrar el máximo de su brillo. La encargada de la conducción fue América. Y el representativo de América, Rubén Darío, el gran poeta que hasta en su nombre pentafónico encierra virtualidades augustas de predestinación.

Superior por mucho a su maestro Verlaine, Rubén Darío dio el arte, en español para el idioma, en todos los idiomas para la sensibilidad, la mayor nota de estética libre. Darío es el perfecto tipo del Incredulo dogmático y a la vez el más completo espécimen de cretente artístico.

Dentro de tales planos está hoy cuadrículado el Ideal poético, con todas sus técnicas auxiliares. Y cuando este siglo maravilloso de libertades fecundas, empieza a florecer aparece siempre en América, Gregorio Reynolds.

Reynolds cree, como su padre Rubén, que Jesús es hijo del espíritu Santo que concibió a María, sin mengua de su himen sagrado. Pero cree que un buen día Zeus, el que amontona las nubes y es padre de todos los dioses, los héroes y los hombres, se convirtió, víctima de sus artimañas galantes y de su olimpica picardía, en cisne grácil y poseyó a Leda, la hija semidivina de una raza noble, y madre de Elena, la del seno perfecto y los brazos blancos y por cuya culpa los Aqueos, dirigidos por Peláida y Atreidas, castigaron a los troyanos.

Reynolds, como Darío, seguramente ha conversado alguna vez con los Tindáridas, los de los caballos veloces. Y Cástor y Polideo deben haberle dicho cosas que la historia aún calla. De tales convencimientos, sale, sin duda, el amor que Reynolds profesa a la luna, la diosa de los cabellos de oro, la buena Artemisa, que es también Seleno, y que, en opinión de mitógrafos autorizados, es la misma Leda. Y así debe ser, porque de otro modo, Zeus, no se habría convertido en ave lunar para poseerla. Aquella blancura galante y sagrada del padre de los dioses, no podía tener más objeto que cortejar a la diosa que es toda pureza.

Esto, en lo que se refiere a la belleza en sus formas casi objetivas, o, mejor, colocadas en un plano exterior de los nervios. En cuanto a las repercusiones estéticas de puro y recóndito subjetivismo, Reynolds se aleja bastante de las fórmulas griegas, y, aunque no sea un católico, suele sentir con claves cristianas ciertas abstracciones, líricas o intelectuales, relacionadas con la vida y la muerte, con el espacio y el tiempo. No está en ese período de blasfemias tímidas y oraciones indecisas que representaron Baudelaire y Barbey. Tampoco podría figurar dentro de la expresión verleniana, pues el pobre Lellán, creía con fervor y lloraba sus lujurias salidas de madre. Y nada de esto le pasa a Reynolds.

Nuestro poeta es del todo leal para sus lujurias y para sus pecados. No tiene remordimientos. No es un arrepentido y, acaso por lo mismo, no es un blasfemo. La "dulce leche de la piedad humana", de que tanto nos habla el viejo Shakespeare, unta generosamente el alma de Reynolds. Y, así, a la vez que se resigna con su pecado y su dolor, quiere que a los demás no les hostiguen ni la carne ni el alma. En uno de sus más hondos sonetos, clama: "Piedad, oh Cristo, por las vidas tiernas". Y en otro, se resigna a la muerte, aunque ésta quizá sea la "postrera desilusión".

Filtro sentimental de moralidades dulces, el cristianismo en Reynolds no va más allá de sus normas fundamentales. Cuando habla del amor, de la ternura, de la bondad, de la justicia, modalidades que el cristianismo definió Reynolds se acuerda - y no sería todo lo poeta que es, si lo olvidase -, del buen Dios de la infancia, de la Virgen amiga y de los santos propicios.

Cuando la carne le punje y el viejo y socarrón Silvano se le mete en las venas, vuelve, con lealtad humilde, lealtad de bardo, a sus jardines familiares. Cuando constata que tiene "en el muslo vtril patas de chivo y dos cuernos de

sátiro en la frente", se escapa a la selva y fuga tras la hamadriades angustiadas de amor. Quiere decir que sólo es griego para la sensualidad, que es quizá lo menos griego que Iso griegos tuvieron. Pero no luce, ante el resto de la vida, esa filosofía serena y creadora de los Jardines de Academos. No podría Reynolds, ir a conversar con Platón sobre la manera de evitar las timocracias o sobre el puro dominio de la idea. Carece también de esa divina y profunda frivolidad que fue ornato de la sabiduría en el siglo de Pericles. Cuentan que el Estratega era indulgente con las bizarras y tremendas locuras de Alcibiades. Y cuentan que la famosa Aspasia, nunca dijo otra cosa que exquisitas naderías, investigadas de gracias verdaderamente ateniense, y que sólo por eso, los grandes hombres que la rodeaban llamaronla la más sabia de todas las mujeres. Reynolds, ante Aspasia, habría querido convertirse en cisne. Y es seguro que habría acompañado a Zeus en sus inauditas correrías. O se habría equiparado a aquel mancebo que, en los himnos del Margites, logra yacer con Afrodita de oro, una noche de singular y olimpica fortuna.

Este Reynolds, que tanto enloqueció en los baños de las ninfas, allá en los remansos prestigiosos de Tesalia, y que, buen púgil y hombre completo, habría sido capaz de intentar el rapto de las Amazonas, sabe también de los banquetes de Lúculo, de los baños de Caracalla, de las fiestas de Nerón y de los epigramas madrigalescos de Petronio, cuando se burlaba del numen imperial. No son ajenas a su paladar las perlas trituradas que Cleopatra invitó a Antonio y siente que sobre su cabeza caen las rosas que en sus festines puso, pluvialmente, Nerón, cuando se enamoró del gracioso Pitágoras.

Pero de pronto da un salto, y él, que presencié la operación cesárea, violadora de vientres maternos, marcha por los caminos, a pie, sin vituallas ni bastimentos, y, cuando no le llama hermano al lobo, se deja apalear por los yangüeses a cambio de sostener los fueros de su rocin caballeresco y yanturero. Lo que no quita que, con grave vestidura, sea capaz de cumplir los más abstrusos ritos toledanos, entre ciento seis canónigos; de presenciar los funerales del Emperador y de acompañar a Jiménez de Cisneros en autos de fe. Llamo de sincronismos inquietantes y de amplias equivalencias históricas, un buen día se incorpora al siglo veinte, y, ante la visión, ya anacrónica, al lado de los cronómetros de hipódromo, de un viejo reloj de cuco, añora su

".....tarambana

vida de niño, tanto más cercana

en el recuerdo, cuanto más distante".

Y surgen en él torturas indecibles sobre el tiempo fugitivo y el espacio lmitado. El tictac de los minutos que se marchan o que vienen - ¿de cuáles será el tictac? - le obsesiona como una burla sangrienta o como una realidad déforme. Y ante un cadáver, llora la vida ida, sin querer recordar las transformaciones de una biología que acaso mienta. Aún así, nada le vale a este temperamento apto para sumergirse en los mares más incógnitos, como si su alma o su lira fueran escafandras hechas a prueba de vórtices. Húndese nuestro poeta en las grandes bibliotecas hechas a prueba de vórtices. Húndese jamás acabó de ordenar, cuando urdía las maravillas del 202, y extrae de ellas conchas cuajadas de perlas que tienen un oriente singular y clarísimo.

Entonces, este religioso de todas las teogonías, este mixtificador apolíneo que acepta, en nombre de la Belleza, los mil entreveros cosmogónicos que el hombre inventa para ir a la vera por caminos de mentira - este Reynolds, decimos, se forja una extraña y candente teoría panteísta. Es panteísta para el amor. Igual que Zeus, es capaz de tomar todas las formas naturales a cambio, de un minuto de posesión. Raro panteísmo, y rara ciencia la que sirve a los poetas para exaltar la carne. Y sin embargo, tales sutilezas no son óbice para que el vate se comprometa sentimental y mentalmente ante la naturaleza que le circuncinca.

CONTINUARA

FEDERICO MORE (1898 - ¿?). Poeta, escritor y periodista peruano, muy amigo de Bolivia, vivió en La Paz, entre 1917 y 1920.